

MI VIDA EN TIANANMEN

Sara Delgado Matías

Yo soy Xia. Vivo en Pekín. Tengo dos hermanos, uno mayor Yun, y otro pequeño, Ming. En mi familia somos nosotros cinco, algo un tanto inusual aquí en China y, lo que es más extraño, confluyen dos clases sociales diferentes en mi familia, lo sé, no me crees, pero es verdad. Mi padre es un célebre intelectual, forma a los estudiantes de hoy en día; mientras que mi hermano, el mayor, ha elegido ser obrero industrial y denunciar el mal trato y la baja remuneración que reciben en el trabajo.

Te cuento esto porque hoy ha pasado un hecho decisivo en la política de mi país. Cuando me he despertado, he visto a toda mi familia reunida en torno a la pequeña televisión de nuestro salón. Acababan de anunciar que nuestro presidente y miembro del Partido Comunista de China, Deng Xiaoping, ha iniciado una serie de reformas económicas y

políticas que, según mi hermano y mi padre, conformaban una apertura al capitalismo y al liberalismo económico. Yo no entendía muy bien la repercusión que pudieran llegar a tener estos cambios, pero comprendí que iba a ser importante cuando mi hermano y mi padre empezaron a discutir de forma agitada y con un todo de voy elevado sobre la insuficiencia o exageración de las reformas. La disputa llegaba a tan alto nivel, que ninguno de nosotros nos atrevíamos a intervenir, hasta que mi hermano, el pequeño, digo la cosa más sensata e inteligente que yo había escuchado hasta la fecha y la quiero citar textualmente “¿no os dais cuenta de que vuestras protestas, por una razón u otra, coinciden en que ambos os posicionáis en contra de los cambios realizados por el gobierno?”. Mi padre y mi hermano se miraron y comenzaron a sonreír, ahí lo comprendí, tenían el mismo objetivo, manifestar su desacuerdo contra la nueva política implantada.

Ha sido un día desorden, de caos, de incertidumbre y de malestar social. En el aire se sentía recelo y cómo comenzaba el ambiente a ponerse de color oscuro. Ya veremos cómo se desarrollan los acontecimientos en los próximos días que, según he escuchado, serán decisivos.

Parece que la situación se repite, cada día, al despertar, sin demora, entro en el salón y me siento con mi familia a ver la televisión, sin hablar, todos atentos. Pero hoy 15 de abril de 1989, no ha sido como otro día cualquiera. Al entrar, no tenían la expresión de siempre en la cara: ceño fruncido, ojos atentos y aspecto expectante, sino que me han sorprendido con tristes sonrisas y ojos vidriosos. Hu Yaobang, el ex Secretario General del gobierno, había fallecido. Te voy a poner un poco en antecedente, Hu Yaobang fue expulsado del gobierno debido a su opinión contraria respecto a las reformas tan famosas de la que te estoy hablando continuamente, había expresado sus opiniones con libertad y no había sido reprimido ni sancionado de manera significativa.

Aquí, en China, la libertad de opinión y de expresión no existe plenamente; tenemos que cuidar lo que decimos, incluso lo que pensamos por miedo a futuros castigos y malas repercusiones, por esto, me siento algo encarcelada en las cuatro paredes de mi casa y en mi propio pensamiento, yo también quiero luchar por mis derechos como humana. Debido a esto, retomando el tema anterior, Hu Yaobang impulsó un sentimiento de anhelo de libertad de opinión, de expresión en la sociedad China.

También a mí se me han empezado a caer las lágrimas y, en mi salón, solo se escuchaban sollozos silenciosos. Inmediatamente tras terminar el telediario, Yun y mi padre, se han levantado, han ido a sus habitaciones y han salido de ellas con un traje negro dispuestos a acudir al funeral.

He esperado toda la tarde y, mientras estaba sobre mi cama, leyendo un clásico de la literatura para hacer volar mi mente y transportarme a aquellos lugares a los que no se me permite ir, he escuchado cómo la puerta delantera se abría bruscamente y se cerraba con incluso más brusquedad. Corriendo por las escaleras podía escuchar quejidos y gruñidos y, al llegar a la planta de abajo, ahí estaban mi hermano y mi padre con la cara amoratada y con sangre en la ropa. Rápidamente, hemos salido a ayudarles y cuando les curábamos las heridas nos contaban la violencia con la que se han sofocado unos pequeños disturbios originados por un grupo minoritario en los homenajes.

Mi padre y mi hermano habían acudido a recordar al político de manera pacífica y habían sido objeto de golpes, codazos, patadas, empujones, por parte de la policía. Solo me queda tener la esperanza de que se trate únicamente de un hecho aislado.

Todos los días, voy a la Plaza de Tiananmén, está tan solo a escasos metros de mi portal, desde mi ventana puedo verla y, frecuentemente, me quedo observando la belleza y la vida que caracteriza esa plaza. Cada mañana, después de enterarme de las novedades en la televisión bajo a comprar el Diario del Pueblo, la verdad que prefiero leer prensa, todo está mejor explicado. Suelo comprar un café y sentarme en uno de los bancos mientras me termino el periódico. En la portada, se hablaba de las revueltas y el titular me asombró bastante: “La culpa es de los estudiantes”. Inmersa en la lectura de la noticia no me di cuenta de que comenzaba a llegar gente y más gente a la plaza, desde todas las entradas a ella corrían jóvenes, y, cuando levanté la vista, no cabía nadie más. A empujones me abrí el paso y corriendo llegué a mi casa. Puse el periódico sobre la mesa y jadeando conté lo sucedido. Encendimos la radio: “noticia de última hora, unos 50.000 estudiantes se unen a la protesta contra el Diario del Pueblo y movilizan las calles de Pekín”. La tensión se sentía en el ambiente y, esa noche, se reunieron en mi casa unos compañeros del trabajo de mi padre con un par de sus mejores estudiantes y compañeros del trabajo de mi hermano, obreros y trabajadores. No me permitieron sentarme a cenar con ellos, pero desde la puerta podía escuchar susurros con los que pude entender *grosso modo* el trasfondo del dilema. La solución que ellos comentaban era cooperar juntos contra el gobierno, pero esas medidas no eran suficientes, tenían que disponer del apoyo de los trabajadores de las ciudades. Se organizaron charlas, conferencias y, finalmente, consiguieron su ayuda y, así, se generalizó el conflicto.

Ya es mayo, hace mucho que no escribo, pues no ha sido de especial relevancia. La intensidad aumenta poco a poco y la población está impaciente y preocupada. Cuando me he sentado para tomar el desayuno, solamente estábamos mi hermano pequeño, mi madre y yo. Me ha entrado curiosidad por saber dónde estaba el resto de mi familia, normalmente, nunca desayunamos separados, es tradición empezar el

día juntos como símbolo de unidad y de apoyo. Mi madre ha fruncido el ceño y su sonrisa se ha torcido, me ha dicho que ambos han empezado una huelga de hambre, ya que las protestas no son efectivas. Cada mañana se van a la plaza de Tiananmén y manifiestan sus opiniones. Pancartas, cánticos, lemas son su principal instrumento. Pero no es suficiente, parece que hasta que no amenazas con morir no importa lo que pienses...

Hoy amanece nublado. Hoy es un día negro. Mi padre, que ya estaba delicado de salud, ha aguantado dos semanas de huelga de hambre hasta que, desgraciadamente, ha fallecido. Tristeza, rabia, frustración, vergüenza, injusticia. El gobierno, el sistema ha ahogado la voz de mi propio padre. Entonces, tomo la decisión más importante hasta ahora: luchar por él y por la libertad del pueblo chino. Tras los rituales típicos y tras llorar porque ya se ha apagado la llama, todo toma un color negro intenso, opaco, el conflicto es inminente.

Desde mi ventana, mientras escribo y leo, veo como levantan, poco a poco, piedra a piedra, la Diosa de la Democracia en el centro de la Plaza. Yun focaliza su dolor en la construcción de este símbolo que va a representar todo por lo que luchó mi padre y por lo que está luchando él. Es tan bonita. Al mirarla, una delicada sonrisa aparece en mi cara y comprendo que las vidas perdidas merecerán la pena.

4 de junio de 1989. Me he despertado con gritos, con carreras, con caos, con llantos, con golpes. Apresuradamente me asomé a la ventana y vi dos bandos muy diferenciados. Por un lado, estaban los protestantes, indefensos, malheridos, numerosos y levantando las manos en alto. Por otro lado, estaba el Ejército Popular de la Liberación, uniformados, armados, arremetiendo sobre cualquier civil que se encontraban.

Nos gritaban no salir de casa, mantener la calma y esperar a que nuestros seres queridos entraran por la puerta. Durante horas, estuvimos frente a ella, esperando, sin apartar ni un segundo la mirada, hasta que oí ligeros golpes. Apresuradamente la abrí, no era mi hermano, pero escuché y, susurrando un pequeño gracias, la volví a cerrar. Con lágrimas en los ojos, le comenté a mi madre que también a mi hermano Yun le habían matado en las manifestaciones. Tan solo quería tener derechos que le correspondían, solamente quería poder expresar su opinión con libertad y había sido callado de la manera más fulminante que pudiera haber.

Ya pasados un par de días, empiezo a asimilar la repercusión de todo este problema político, económico y social. Yo, Xia, he perdido dos miembros de mi familia, los más trabajadores, los que principalmente nos sustentaban. La sociedad china, mi sociedad, ha perdido mentes brillantes, jóvenes emprendedores y hombres perseverantes y, también, ha perdido, me atrevería a decir lo más importante, la unidad y la confianza.

Mientras tanto, la represión ha comenzado y ya han apresado a los principales responsables de la insurrección: Chai Ling, Wu'er Kaixi y Wang Dan. Las visitas a mi casa son frecuentes, muchos amigos de mis dos familiares fallecidos vienen a darnos el pésame, sin embargo, los que más acuden son intelectuales, pues me han comentado que se

les está dando un trato muy diferente a ambas clases sociales. A los amigos obreros y trabajadores de mi hermano Yun les juzgan rápido y les ejecutan sin tener en cuenta que son el sustento de miles de familias que, sin ellos, no tienen absolutamente nada de comer. Sin embargo, a los estudiantes e intelectuales, se les trata de una manera completamente distinta. Es gente poderosa, con una gran red de influencias por todo el mundo; a las personas con dinero no se las ejecuta, ni se las aprisiona, con una pequeña multa y un par de favores la cosa se soluciona. Otra injusticia con la que a mí me toca vivir todos los días en mi país: la desigualdad.

Ya han pasado unos meses desde aquel 4 de junio y la plaza de Tiananmén vuelve a tener color, pero nunca veré en ella la belleza que un día pude contemplar desde mi ventana. No se saben las cifras exactas de los fallecidos y de los heridos, el gobierno, una vez más, con su corrupción y opacidad, evita hablar de los hechos y destruye las pruebas con las que se declaran culpables de aquella atrocidad. No reconoce víctimas mortales, pero la Cruz Roja cifra los fallecidos en 2.600 y no ha podido ni estimar el número de heridos. Como ya he dicho antes, han pasado unos meses, y lo que más me duele es que la memoria de cada persona asesinada por su derecho a la libertad ha sido olvidada, ha sido borrada de la historia y ha sido ignorada. Pero lo que tengo claro es que mientras cada una de esas personas sigan viviendo en la memoria de cada familiar que ha tenido que sufrir su pérdida, la lucha seguirá y conseguiremos de China un país democratizado y, consecuentemente, libre.

Ya tengo veinte y cinco años, han pasado ocho años de la barbarie y, hoy, justo es 4 de junio de 1997. Sorprendentemente, no nos dejan homenajear a los luchadores en la matanza de Tiananmén, la plaza está bloqueada por aquel ejército que nos silenció, pero, con la ayuda de otros familiares afectados hemos organizado nuestro pequeño gran gesto. Cada vecino ha dejado entrar en su propia casa a todo aquel que quiera colaborar, sin cuestionar ni si quiera su nombre, su procedencia, su profesión. Quedó claro que la unión es más poderosa que cualquier fuerza. En silencio, mientras salía el sol y se asomaba por los balcones esa mañana, hemos hecho con papel blanco unas palomas y justo a las doce del mediodía, que es el momento en el que más gente coincide en la plaza usualmente, las hemos lanzado por nuestros balcones. Cientos y cientos de palomas han volado sobre el escenario donde tanta valentía y coraje se arrojaron, y, mientras caía mi paloma sobre el suelo, recordé a mi padre, a mi hermano y su lucha y prometí que mi lucha iba a ser por la libertad de mi paloma blanca.

Hola de nuevo, hace mucho tiempo que no sabes de mí, y es que me he mudado a Hong Kong, es un lugar precioso, aunque echo de menos mi Pekín, sin embargo, es el único sitio en el que nos dejan rememorar pacíficamente Tiananmén cada 4 de junio. Desde aquí, estudio periodismo y relaciones internacionales, algo muy novedoso, pues me gustaría compartir con todos los países mi experiencia, mis vivencias, mi sufrimiento y la verdad sobre lo que puede llegar a hacer el hombre para conseguir poder quitándoselo a los que menos tienen, con la única forma que tienen: la violencia.

Pero donde quede esperanza siempre habrá una puerta entreabierta por la que el más mínimo rayo de luz será una razón para reivindicar las injusticias y mi esperanza, mi puerta es Hong Kong donde me dirijo hacia todos y hacia ti en particular, para difundir la

matanza, para difundir la lucha a favor, ya no del diálogo, sino de la libertad que es mucho más grande.

Cada año que pasa, tiro al aire una paloma blanca.

Cada año que pasa, pienso en cada familia y en cada persona.

Cada año que pasa, escribo un poco más con la esperanza de que llegue a algún lugar.

Cada año que pasa, pido que alguien nos ayude, que nos dé los Derechos Humanos que tanto ansiamos.

Cada año que pasa, es para mí represión, es para mí 4 de junio.

Y, por último, cada año que pasa espero que tú y especialmente tú lo cuentes, a tu familia, a tus amigos, construye tu lucha que es también nuestra lucha, pero haz que la memoria de esas personas no se olvide. PELEA por nosotros, PELEA por tu paloma blanca, PELEA por la libertad de la humanidad, PELEA por los Derechos Humanos hasta que no puedas más y, te garantizo, que todo habrá merecido la pena.